

28632



**UNA
NUEVA
ESTRUCTURA
INTERNACIONAL
EN
FORMACION**

HENRY A. KISSINGER

**DECLARACION DEL DOCTOR
HENRY A. KISSINGER
SECRETARIO DE ESTADO ANTE EL
COMITE DE RELACIONES EXTERIORES DEL SENADO
DE LOS E.U.A. EN AUDIENCIAS DEL
BICENTENARIO**

16 DE MARZO DE 1976

Sr. Presidente, Miembros del Comité:

No podía haber un mejor momento para la "discusión pública, desapasionada y de auto-examen nacional" en política exterior que el elegido por usted, Sr. Presidente, para estas audiencias.

El momento es propicio, no de un modo primordial debido a que ocurra el hecho numérico de que sea nuestro 200 aniversario, o por el hito político de la campaña para la elección presidencial, sino debido a la nueva era en la que hemos ingresado en los asuntos internacionales. Es un momento para hacer inventario del historial de nuestro país y considerar nuestro curso futuro, para reflexionar acerca de las transformaciones del orden internacional que podemos percibir desde esta atalaya—algunas ya completadas y otras todavía en curso de ello—que han alterado muchas de las circunstancias bajo las que se conduce la política exterior de los Estados Unidos.

Hoy deseo enfocar las cosas respecto a lo que hay por delante de nosotros: los asuntos internacionales que enfrentarán el pueblo estadounidense, el Presidente y el Congreso, con independencia de los partidos, al ingresar en nuestro tercer siglo. Tenemos que recordar, en medio de todos nuestros debates, que esta nación tiene intereses y preocupaciones permanentes en el mundo que tienen que ser preservados durante, y más allá, de este año electoral. Esta nación enfrenta en el mundo condiciones objetivas que no son el resultado de maquinaciones de personalidades ni tampoco suelen ser producto de nuestras decisiones nacionales. Son realidades que aportan el flujo y reflujo de la his-

toria. Los asuntos que plantean tienen que enfrentarse con seriedad, comprensión y objetividad si, como nación, queremos seguir siendo quienes dominemos los acontecimientos y los dueños de nuestro propio destino.

Como ha dicho el Presidente Ford: "Los Estados Unidos han desempeñado un papel único en el mundo desde el día de nuestra independencia hace 200 años. E, incluso, desde el término de la Segunda Guerra Mundial, hemos soportado con éxito una pesada responsabilidad en cuanto a asegurar un orden mundial estable y la confianza en el progreso humano". Esta responsabilidad prosigue—no sólo como tarea que nos hemos echado a costas, por cuenta de otros o en cumplimiento de nuestros ideales, sino como una responsabilidad para con nosotros mismos—para crear un ambiente mundial en el que los Estados Unidos y sus valores puedan prosperar.

Sr. Presidente, en política exterior nos mantenemos en la tierra firme del poderío de los Estados Unidos y en la de sus claros propósitos. Enfrentemos el futuro con confianza. Hemos hecho progresos considerables en el reforzamiento de la asociación con nuestros aliados, en cuanto a manejar los asuntos globales de la paz y la seguridad e iniciar una nueva era de cooperación en los problemas globales de la interdependencia. Es elevado el potencial para nuevos progresos.

Pero ahora el mundo observa, inquieto, a ver si los Estados Unidos deciden actuar con base en este progreso. Se pregunta si los Estados Unidos utilizarán su fuerza para responder a los desafíos de hoy en día.

Uno de los factores principales de inseguridad en el mundo actual es la preocupación acerca de la voluntad y la constancia de los Estados Unidos. Estas dudas no son motivadas por declaraciones hechas al calor de una campaña política sino, más bien, por una década de convulsiones que han culminado con un cuestionamiento serio de la dirección básica de la política exterior de los Estados Unidos. Estas dudas tienen que disiparse. Estoy convencido de que se disiparán no por medio de declaraciones públicas, sino por demostraciones de los propósitos de la política nacional, del vigor de la economía estadounidense y de la unidad renovada del pueblo de los Estados Unidos, de la que depende todo lo demás. Atravesamos por un período de ajuste y reapreciación y tenemos que trabajar, todos juntos, para ser más fuertes cuando dicho período se haya completado.

El pueblo estadounidense, y el Congreso como órgano de sus representantes electos, tiene que desempeñar un papel central en la empresa de la reafirmación nacional. Su contribución es esencial, tanto desde el punto de vista constitucional en la elaboración de la política exterior, como respecto a la necesidad práctica de la implementación de cualquier curso de acción a largo plazo. Según ha señalado el Senador Case: "El Congreso tiene un papel importante en cuanto a auxiliar a los votantes a comprender los motivos de sus preocupaciones y guiar al Poder Ejecutivo en la conducción de la política exterior. No se puede esperar llevar a cabo una política externa en una democracia como la nuestra si ésta no tiene firmes raíces internas".

Estas audiencias han proporcionado ya una mayor profundización del público estadounidense en su percepción de la política exterior, cosa que consideramos de extrema utilidad.

El Ambiente Internacional

A través de la mayor parte de nuestra historia, Sr. Presidente, la paz y la seguridad nos han sido dadas en forma gratuita. El desarrollo con éxito de nuestra sociedad democrática, en lo interno, y la ausencia de amenazas directas del exterior, alimentaron nuestro sentido de singularidad y la creencia de que era cuestión de nuestra propia decisión el hecho de que participáramos o no en los asuntos del mundo y el momento en que lo hiciéramos. Entrábamos en las guerras tan sólo cuando nos amenazaba un peligro avasallador. Identificábamos la actuación en asuntos extranjeros con una mera interrupción temporal de nuestra tranquilidad interna. Sin embargo, una vez excita-

dos, éramos implacables, luchábamos "la guerra que acabaría con todas las guerras" o "hasta la rendición incondicional".

Teníamos margen para el error. Nuestra historia, con excepción de la Guerra Civil, no tenía tragedias y nuestros recursos y buena fortuna nos impidieron sentir los límites externos que tanto han matizado las experiencias de casi todas las otras naciones. Nuestros éxitos parecían enseñarnos que cualquier problema podía ser resuelto—de una vez por todas—mediante un firme esfuerzo. Los procedimientos en que todas las otras naciones se han basado para asegurar su supervivencia en un ambiente hostil o ambiguo—sutileza, maniobra, imaginación, consistencia—eran desechados en los Estados Unidos por considerarse como cínicos o inmorales. El equilibrio de poder, que mantuvo la paz durante largos períodos en la turbulenta historia de Europa, fue considerado, en este país, como una preocupación por el poderío a expensas de los principios morales.

Incluso durante los primeros 25 años siguientes a la Segunda Guerra Mundial—una era de gran creatividad y de participación sin precedentes de los Estados Unidos en los asuntos externos—actuamos como si la seguridad mundial y el desarrollo económico pudieran afirmarse de un modo decisivo al comprometer recursos, conocimientos prácticos y esfuerzos estadounidenses. Fuimos alentados—incluso empujados—a actuar de esa manera por nuestro predominio sin precedentes en un mundo sacudido por la guerra y por el colapso de los grandes imperios coloniales.

Al mismo tiempo la preocupación básica por los valores morales nos hizo en extremo sensibles a la pureza de los medios, cuando disponíamos de un poder avasallador y contábamos con una sobreabundancia de opciones. Nuestra certeza en lo moral hacía que los compromisos fueran difíciles; nuestra preponderancia, frecuente, hacía que parecieran innecesarios.

En la actualidad, el poder adopta muchas formas y las circunstancias son más complejas. En lo que respecta al poder militar, pese a que todavía tenemos una fuerza masiva, ya no gozamos de una supremacía nuclear significativa. En términos económicos seguimos siendo la economía más productiva del mundo pero tenemos, ahora, que compartir el liderazgo con Europa occidental, Canadá y Japón; tenemos que tratar con nuevas naciones ricas y en desarrollo; y tenemos también que tomar nuevas decisiones en relación con los países comunistas. Nuestra influencia moral, nuestros principios democráticos son todavía valorados por millones de personas en todo el mundo, más de los que

pensamos, pero tenemos que competir con ideologías que afirman objetivos progresistas, pero que se buscan a través de métodos opresivos.

Todos los estadounidenses tienen el derecho a estar orgullosos de lo que esta nación ha logrado en los últimos 30 años de liderazgo mundial. Hemos ayudado a los europeos y a los japoneses a su recuperación; hemos formado alianzas indispensables; hemos establecido un sistema económico internacional y hemos sostenido la paz y el progreso globales durante una generación.

Sin embargo tenemos grandes cosas que hacer que requieren de nuestra unidad, dedicación y vigor, ya que vivimos, y nuestros hijos vivirán, en tiempos más complejos:

- Primero, enfrentamos la necesidad de extraer nuevas fuerzas y vitalidad de nuestros aliados y amigos para intensificar nuestra asociación con ellos, ya que se han convertido otra vez en centros importantes de poder e iniciativa. Este es un éxito perdurable de nuestra política exterior. Y en la actualidad nuestra unidad con las grandes democracias industrializadas es fundamental para todo lo que queremos lograr en el mundo. Somos nosotros los que sostenemos el equilibrio global de poder que preserva la paz. Y es nuestro dinamismo económico sin par el que constituye una mejor esperanza para llegar a un mundo de prosperidad creciente. Ante todo, nuestra unidad moral y la fidelidad a los valores de la democracia son cruciales para el cumplimiento de nuestros propios sueños, así como para el uso creador de las energías del hombre para resolver los problemas del futuro. En un mundo complejo—de equilibrio y coexistencia, de competencia e interdependencia—son nuestros ideales los que dan sentido a nuestras empresas.
- Segundo, enfrentamos los antiguos desafíos de conservar la paz, pero en la dimensión sin precedente de una era de armas termonucleares. La Unión Soviética, tras 60 años de desarrollo económico e industrial—inevitable—ha alcanzado el nivel de una superpotencia. Como resultado de ello tenemos que llevar a cabo una política doble. Nosotros, y nuestros aliados, tenemos que frenar el poderío soviético e impedir que, dado el caso, perturbe la estabilidad global. Al mismo tiempo nuestra generación enfrenta el desafío, a largo plazo, de lograr que las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética tengan una

base más segura, constructiva y permanente.

- Tenemos, además, que proseguir los progresos que hemos logrado al crear nuevas relaciones con la República Popular de China. Consideramos la apertura hacia la República Popular de China como uno de los elementos clave de nuestra política exterior.
- Más allá de esto, la seguridad global ofrece otras necesidades permanentes. La de moderar y resolver los conflictos regionales que amenazan la estabilidad económica y política global. Y hay también el desafío urgente, y creciente, de impedir la proliferación de las armas nucleares que aumentan en gran medida los riesgos del holocausto nuclear.
- El tercer desafío básico es construir una comunidad mundial más amplia a partir del ambiente turbulento que ofrecen las casi 150 naciones independientes de la actualidad. Dos guerras mundiales en este siglo y el proceso de descolonización han roto el orden internacional de siglos anteriores. Por primera vez en la historia la comunidad internacional se ha vuelto global. Las nuevas naciones hacen insistentes demandas al sistema global, probando su nuevo poder económico, buscando desempeñar un papel más importante y obtener una parte más equitativa de la prosperidad mundial. Impulsados por la realidad de nuestra interdependencia global tiene que elaborarse una nueva estructura de relaciones para cooperar en beneficio mutuo.
- Nuestra amistad con las naciones de América Latina, Asia y África, sobre las bases de respeto mutuo y cooperación práctica, adquiere una nueva importancia al considerarla como ladrillos para edificar una comunidad mundial. Tenemos que reconocer que ningún orden mundial será estable en el último cuarto de este siglo a menos que todos sus integrantes consideren que tienen una participación en él y que ésta es legítima y justa.

Estos son los desafíos básicos que enfrenta esta nación en el momento en que ingresamos en nuestro tercer siglo.

En un mundo tal, Sr. Presidente, este país no puede seguir eligiendo si participa o no en los asuntos mundiales. En un planeta que se encoge no hay lugar donde esconderse. No hay respuestas sencillas. Esta nación no puede permitirse oscilar sin cesar entre la renuncia y la confrontación; tenemos que perseguir un curso de acción a largo plazo. Aun cuando somos más

fuertes que cualquier otro no podemos actuar, primariamente, arrojando la fuerza de nuestro peso a cada momento. Una paz duradera no puede lograrse sin un consenso internacional. Tenemos que aprender a conducir la política exterior como lo han tenido que hacer otras naciones durante muchos siglos, sin escapatoria ni respiro. Tenemos que aprender qué es la paciencia, la precisión, la perspectiva: sabiendo que lo factible es menor que lo ideal, teniendo en mente las necesidades de la autopreservación, derivando de nuestra convicción moral la valentía para perseverar. Los Estados Unidos se hallan, por primera vez en su historia, permanente e irrevocablemente involucrados en los asuntos internacionales.

El mundo necesita, en forma desesperada, de nuestra fuerza y de nuestro propósito. Sin el poderío de los Estados Unidos no puede haber seguridad; sin convicciones estadounidenses no puede haber progreso.

Los estadounidenses siempre han considerado los desafíos como una prueba, no como un obstáculo. Tenemos grandes oportunidades de realizar una diplomacia creadora, para dar forma, a partir de esta turbulencia y complejidad, a una comunidad mundial con mayor estabilidad y mayores esperanzas. Nosotros, más que cualquier otro país, estamos en una posición de determinar la evolución del orden mundial o tener un efecto decisivo sobre esta determinación.

Hace 40 años las fuerzas de la democracia enfrentaban una gran amenaza, los Estados Unidos estaban listos para entrar al rescate de Europa. Ahora no hay nadie que esté listo a entrar a *nuestro* rescate.

Permítaseme que tratemos con mayor amplitud algunos de los desafíos, a largo plazo, que enfrentamos.

La Unidad de las Democracias Industrializadas

La trabe fundamental de nuestra política exterior es—como lo ha sido durante una generación—la asociación con nuestros aliados principales en la Comunidad Atlántica y el Japón. Estas asociaciones se iniciaron hace tres décadas como un medio de seguridad colectiva ante la agresión, y de cooperación para la recuperación económica tras la devastación de la Segunda Guerra Mundial. En el período subsecuente nuestras alianzas constituyeron el baluarte del equilibrio global del poder. Nuestra cooperación con las grandes democracias industrializadas ha sido el puntal del sistema económico mundial que ha mantenido la prosperidad global y la ha difundido a los rincones más apartados de la Tierra.

Raras veces en la historia las alianzas han sobrevivido como lo han hecho las nuestras, y hasta florecido, a través de tantos grandes cambios en el panorama internacional. En los últimos años nosotros y nuestros aliados no sólo hemos continuado reforzando nuestras defensas sino que hemos ampliado con éxito nuestra colaboración, dando nuevas dimensiones a esfuerzos comunes: mejores consultas políticas, coordinación de nuestros puntos de vista al negociar con los países comunistas, desarrollo de una política y una estrategia comunes en cuestiones de energéticos, reforzar nuestras respectivas políticas económicas para la recuperación de la recesión, cooperar en cuestiones del ambiente y elaborar enfoques comunes para el diálogo con los países en desarrollo.

Todos estos esfuerzos por construir la paz y fomentar el progreso reflejan nuestra creencia común en la libertad y nuestra esperanza también común de un mejor futuro para toda la humanidad. Estos son valores permanentes de esta nación y, en consecuencia, nuestras alianzas y amistades que están basados en ellos, y destinadas a reforzarlos, son intereses permanentes de los Estados Unidos.

Nuestra cohesión tiene más que un mero significado técnico. Aun cuando la política exterior no puede concebirse sin pragmatismo, el pragmatismo sin un propósito moral es como un barco sin timón.

Nuestros lazos con las grandes democracias son, por lo tanto, no una alianza de conveniencia sino una unión de principios en defensa de los valores democráticos y de nuestros sistemas de vida. Son nuestros ideales los que inspiran no sólo la autodefensa sino todo lo demás que hacemos. Y la elasticidad de nuestros países en cuanto a responder a todos los modernos desafíos es un testimonio del espíritu y de la fuerza moral en que se basan nuestros pueblos libres.

A medida que observamos el futuro vemos que no hay mayor prioridad en nuestra política exterior que sostener la vitalidad de la democracia y la unidad de las democracias. El mundo se volverá más, no menos, complejo; nuestro poder aumentará más, no menos; entrelazados con otros, nuestros valores serán más, no menos, desafiados. En un mundo tal la solidaridad de nuestras relaciones con quienes comparten nuestro legado, nuestro modo de vida, nuestros ideales, adquiere más, no menos, importancia, para el futuro que alcanzamos a contemplar.

Nuestras responsabilidades son, primero, nuestra defensa común. La solidez de nuestra colaboración en cuestiones de defensa es mayor ahora que en cualquier otro momento en la pasada década. Tenemos que

mantenerla debido a que ha sido la estabilidad del equilibrio militar lo que ha aportado esperanza de aliviar las tensiones en Europa y en Asia.

En la actualidad la responsabilidad de la defensa del Atlántico del Norte es más compartida. El Presidente Ford ha tomado la iniciativa en cuestiones tales como la normalización mejorada del equipo y una estructuración más efectiva de la fuerza. Pero los Estados Unidos tienen que permanecer conscientes de sus propias responsabilidades especiales en la alianza: sostener el equilibrio estratégico y contribuir con una parte decisiva a mantener el equilibrio convencional en Europa y el Mediterráneo, y de un modo general.

Nuestra seguridad es una condición previa de todo lo demás que hagamos. Bajo esta base enfrentaremos, en el período por venir, una amplia gama de tareas más allá de la empresa de la defensa colectiva.

Proseguiremos el intento de reforzar nuestra seguridad y la paz general a través del control de armamentos y la negociación de los conflictos políticos. Esperamos que haya progreso en las conversaciones sobre Reducciones de Fuerza, Mutuas y Equilibradas, en Europa. Esperamos que el Acuerdo Cuadripartita de 1971 en Berlín, que acabó con una crisis crónica de más de dos décadas, sea el preludio de una era de seguridad vigorizada en Europa central.

En las próximas décadas la colaboración de las democracias industrializadas puede ser la fuerza dinámica en la edificación de un orden internacional más seguro y progresista. Hemos logrado un indicio notable. Se han dado nuevos pasos en los últimos años y se darán otros más para reforzar la unidad europea; esto cuenta con un vigoroso apoyo de los Estados Unidos. Las nuevas instituciones y programas de nuestra estrategia colectiva de energéticos han cumplido su cometido. Hemos discutido y desarrollado enfoques comunes para un nuevo diálogo con las naciones en desarrollo. La aprobación de la Ley de Comercio de 1974 permitió a este país entrar en una nueva ronda de negociaciones comerciales con Europa y Japón, para hacer mejoras básicas en el sistema mundial de comercio. Durante los últimos años la Conferencia Económica Cumbre, en Rambouillet, y la reforma del sistema monetario internacional, en Jamaica, demuestran que el futuro de la cooperación entre las democracias industrializadas puede ser tan productivo como en el pasado.

A este respecto quisiera mencionar un punto importante de negocios ante este Comité: la necesidad de aprobación de nuestra participación en el Fondo de Apoyo Financiero OCED. Este es el mecanismo

para contingencias, propuesto por los Estados Unidos, para asegurar un apoyo mutuo entre las naciones industrializadas frente a perturbaciones financieras o presiones por actos del cartel petrolero. A bajo costo, este mecanismo proporcionará una red de seguridad financiera, combatirá el proteccionismo y fomentará nuestra cooperación en la política de energéticos. Es vital para la independencia de las naciones industrializadas. Siete miembros de la OCED lo han ratificado y se espera que el resto lo haga a mediados de este año. Confío en que el Congreso pronto hará lo mismo para reforzar la solidaridad de las democracias industrializadas.

Es nuestra creencia que en una época en que nuestros valores democráticos están sujetos a desafío en el mundo y en que nuestras sociedades son aporreadas por dificultades económicas en lo interno, la solidaridad y cooperación de las grandes democracias son de crucial importancia para dar ímpetu a todos nuestros esfuerzos. Hemos probado lo que podemos hacer y reivindicado la fe de nuestro pueblo en los valores y el futuro de nuestras sociedades. Hemos probado que nuestra unidad puede ser hoy en día una fuerza tan dinámica para construir un nuevo orden internacional como lo era hace 30 años.

La nueva solidaridad que estamos construyendo puede obtener su inspiración de nuestras esperanzas e ideales, más que meramente de nuestros peligros comunes. Una Europa, Japón y Estados Unidos en auge, no sólo serían seguros y prósperos sino un magneto para los países comunistas y el mundo en desarrollo. Y así podríamos ingresar en el último cuarto de este siglo con la confianza de que somos los dueños de nuestro propio destino, y hacer una contribución decisiva al destino del mundo

Paz y Equilibrio

De los desafíos que enfrentan las democracias ninguna es más fundamental que las cuestiones de la paz y la guerra. Estas cuestiones—la tradicional agenda de la política externa—adquieren en esta época una dimensión sin precedentes.

Hay tres aspectos principales en el problema de la paz:

- la relación con las potencias comunistas;
- el esfuerzo por resolver pacíficamente los conflictos regionales y las disputas;
- y el peligro creciente de la proliferación de las armas nucleares.

Vivimos en un mundo en el que este país tiene que tratar con otros de, aproximadamente, igual poder. Este no es un mundo habitual para los estadounidenses modernos. Sin embargo, es el tipo de mundo en el que viviremos durante el resto del siglo y más allá, no importa lo que hagamos en el terreno militar.

Hace 30 años los Estados Unidos fueron la única entre todas las principales potencias del mundo que emergió de la Segunda Guerra Mundial con una economía y una sociedad no dañadas por la guerra. Gozamos de una tremenda preponderancia en poderío económico y de un monopolio de las armas nucleares. Este gran poderío físico dio impulso a la voluntad del pueblo estadounidense de aceptar la responsabilidad de dar forma a un nuevo orden internacional de posguerra. La creatividad y generosidad que esta nación desplegó en dicho período son un tributo permanente al espíritu estadounidense.

Hoy en día, debido a la recuperación inevitable y al desarrollo de nuestros aliados—y nuestros adversarios—los Estados Unidos se encuentran en un mundo de tipos relativos de equilibrio. En poder militar estratégico el mundo todavía es bipolar. El poder económico está más ampliamente disperso entre muchas naciones importantes, incluso las más ricas de las naciones en desarrollo. En la influencia moral e ideológica contienden muchas naciones y filosofías. La tarea de consolidar la paz se presenta, por lo tanto, en esta época, como un problema mucho más complejo que nunca antes, tanto en lo práctico como en lo moral.

Con nuestros aliados hemos aprendido a compartir las responsabilidades y el liderazgo, y esto ha reforzado nuestra colaboración en todas las dimensiones de las empresas en común. Pero con nuestros adversarios enfrentamos el imperativo de la coexistencia en una época de armas termonucleares y de paridad estratégica. Tenemos que defender nuestros intereses, nuestros principios y a nuestros aliados, mientras nos aseguramos, en todo momento, de que el conflicto internacional no degenera en un cataclismo. Tenemos que resistir el expansionismo y las presiones, pero tenemos, sobre esta base, que buscar crear hábitos de moderación que a largo plazo conduzcan a una reducción de tensiones que sea digna de confianza.

En consecuencia este gobierno ha actuado con energía y propósito durante varios años, y en concierto con nuestros aliados, para consolidar y transformar nuestras *relaciones con las principales potencias comunistas*, y lograr con ello una nueva era y un futuro a largo plazo.

Hemos establecido una nueva, perdurable y esperanzadora relación con la República Popular de China,

una nación que comprende a cerca de la cuarta parte de la humanidad. Esta nueva relación ha hecho una importante contribución a la paz en Asia y en el mundo. El Presidente Ford está comprometido a proseguir el proceso de normalización de nuestras relaciones de acuerdo con los principios del Comunicado de Shanghai.

Y este país, en los últimos años, ha iniciado relaciones positivas con los países de Europa oriental. Dos presidentes estadounidenses han visitado Polonia, Yugoslavia y Rumania, para demostrar que, según nuestro punto de vista, la seguridad europea y el relajamiento de tensiones se aplica tanto a la Europa occidental como a la oriental. Este sigue siendo, y tendrá que seguir siendo, el principio básico de la política estadounidense.

En esta época en que dos naciones tienen el poder de provocar la destrucción total de todo el planeta en cuestión de horas, no puede existir mayor imperativo que asegurar una relación racional y permanente entre las dos grandes superpotencias. Este es un desafío sin precedentes. Históricamente un conflicto de ideologías y de intereses geopolíticos como el que en la actualidad caracteriza a la escena internacional ha conducido, casi en forma invariable, a la guerra. Pero en la era de la igualdad estratégica la humanidad no podría sobrevivir a una repetición de la historia. La guerra significaría el suicidio mutuo.

Por lo tanto, con respecto a la Unión Soviética los Estados Unidos enfrentan la necesidad de una política doble. Tenemos que preservar la estabilidad pero no depender de ella. Tenemos que resistir con firmeza y disuadir el aventurismo. Pero, al mismo tiempo, tenemos que mantener abierta la posibilidad de unas relaciones más constructivas entre los Estados Unidos y la Unión Soviética resolviendo las disputas políticas mediante negociación, como en Berlín; elaborando acuerdos estables para limitar las armas estratégicas por ambas partes, como los acuerdos de las SALT I y en el acuerdo de Vladivostok; y—cuando las condiciones políticas lo permitan—desarrollar nuestra cooperación bilateral en el campo económico y en otros para dar a ambas partes un interés válido en proseguir y ampliar las relaciones políticas.

Tenemos una obligación con la humanidad de trabajar en favor de un mundo más seguro. Tenemos una obligación con el pueblo estadounidense de asegurar que si una crisis se nos impone no sea el resultado de cualquier falta de visión de los Estados Unidos.

Enfrentamos un problema a largo plazo y tenemos que elaborar y sostener una política a largo plazo. Un

equilibrio de poder es indispensable para cualquier esperanza de paz. Pero un equilibrio de poder, que se pone en entredicho de un modo consistente, es una base demasiado precaria para un futuro a largo plazo. Por lo tanto este país, en su tercer siglo, tiene que evitar las tentaciones gemelas de la provocación y del escapismo. Tiene que mantener un curso firme y seguro; una política que respeten nuestros adversarios, que apoyen nuestros aliados y en la que crea nuestro pueblo, y la respalde.

Bajo el nombre que queramos darle, la relación Estados Unidos-Unión Soviética tiene que basarse en ciertos principios fundamentales que este país ha afirmado en forma consistente durante los últimos siete años:

- Primero, mantendremos nuestra *fuera* militar. Los Estados Unidos tienen que sostener un equilibrio de poder a través de una fuerte defensa nacional y aliada. Los Estados Unidos harán lo necesario para mantener el equilibrio en todas las categorías significativas de fuerza militar incluyendo tanto fuerzas convencionales como estratégicas.
- Segundo, este país está listo para *negociar soluciones* para los problemas políticos. El acuerdo de 1971 sobre Berlín es un ejemplo. Y ambas superpotencias comparten una responsabilidad básica en cuanto a asegurar que el mundo no sufrirá el holocausto de una guerra nuclear. La limitación de armas estratégicas es, por lo tanto, un interés permanente, mutuo y fundamental. En 1974 el Presidente Ford, en Vladivostok, llegó a un entendimiento básico respecto al esbozo de un acuerdo global que estableciera un tope igual para las fuerzas estratégicas de ambas partes durante un período de 10 años. Los puntos que faltan para completar este acuerdo pueden resolverse. Un acuerdo sobre las bases de estricta reciprocidad puede alcanzarse.
- Ambas partes tienen intereses vitales, pero un interés dominante: el de evitar un conflicto de importancia. Por lo tanto, la paz a largo plazo sólo puede basarse en la práctica y el hábito de la *moderación*. La explotación de crisis locales para obtener ganancias unilaterales no es aceptable. Esta nación no buscará confrontaciones a la ligera, pero estamos determinados a defender la paz mediante una resistencia sistemática a las presiones y a las acciones irresponsables. El de-

sarrollo del poderío económico y militar soviético no podía ser impedido; lo que podemos impedir es el empleo de este poder para trastornar el equilibrio global. Sin la moderación no existe una posibilidad significativa de reducción de tensiones.

- Si preservamos la seguridad bajo estas bases hay oportunidades de que la diplomacia creativa comprometa más firmemente a la Unión Soviética a una participación constructiva en el sistema internacional. Estamos preparados a ofrecer perspectivas de una creciente *cooperación bilateral* en los campos económico, técnico y otros, para dar a ambas partes una participación creciente en las relaciones políticas positivas. A largo plazo, haremos, dentro de nuestra capacidad, que la coexistencia sea más duradera y se convierta en cooperación.

Esta es la agenda amplia para el futuro de las relaciones Estados Unidos-Unión Soviética. De una forma más específica se puede enunciar:

- No podemos impedir el crecimiento del poderío soviético, pero podemos evitar su uso para lograr ventajas unilaterales y expansión política.
- Tenemos que aceptar la realidad de que los estados soberanos, en especial aquellos con aproximadamente el mismo poderío, no pueden imponer condiciones inaceptables el uno al otro y, en definitiva, y de un modo inevitable, tiene que proceder por medio de concesiones mutuas.
- Los Estados Unidos nunca estarán en favor de la violación de un tratado solemne o de un acuerdo.
- No podemos tolerar una desviación en el equilibrio estratégico en contra nuestra, ya sea por acuerdos no satisfactorios, violación de acuerdos o por negligencia en nuestras necesidades de defensa.
- Estamos decididos a proseguir los esfuerzos para negociar un equilibrio de poder más sano y seguro sobre términos equitativos, porque ello representa nuestro interés y el interés de la paz mundial.

Cualquier gobierno consciente de los requerimientos a largo plazo de la paz se encontrará con que tiene que poner en efecto el mismo enfoque doble de firmeza ante la presión y presteza en cuanto a trabajar en favor de un mundo con mayor colaboración. Desde

luego las diferencias son inevitables respecto a la aplicación práctica de estos principios. Pero, como dijo el Presidente Kennedy: “En un análisis definitivo nuestro vínculo más común es que todos habitamos este pequeño planeta. Respiramos el mismo aire. Todos apreciamos el futuro de nuestros hijos. Y todos somos mortales”.

Aun cuando los Estados Unidos y la Unión Soviética han dado pasos importantes hacia la reglamentación de su competencia, *el problema de los conflictos locales* subsiste y hasta cierto punto aumenta. El mundo empieza a dar por sentada la invulnerabilidad de la estabilidad global ante las perturbaciones locales. El mundo ha permitido que demasiadas de las causas subyacentes en los conflictos regionales sigan sin atenderse, hasta que las partes llegaron a creer que el único recurso era la guerra. Y como todas las crisis, en definitiva, se han contenido, el mundo sigue complaciente. No podemos olvidar la lección ominosa de 1914. La tolerancia de los conflictos locales es una tentación al holocausto. No tenemos garantía respecto a que alguna crisis local no explote en forma incontrolable. Tenemos una responsabilidad en cuanto a impedir tales crisis.

Esta tiene que ser una preocupación permanente de los estadistas que estén interesados en la preservación de la paz, en las próximas décadas. En la era moderna, la comunicación global ha hecho que nuestro planeta se encoja y ha creado una conciencia global. Las naciones y los pueblos son cada día más sensibles a los acontecimientos y a los asuntos de otras partes del mundo. Nuestro principio moral amplía nuestra preocupación por la suerte de nuestros semejantes. Los conflictos ideológicos no respetan fronteras e incluso ponen en entredicho la legitimidad de las estructuras internas.

No podemos confiar en que la estabilidad prosiga en forma indefinida a menos que hagamos esfuerzos firmes por moderar y resolver en forma pacífica los conflictos políticos locales.

Los Estados Unidos no son la policía del mundo. Pero hemos aprendido de experiencias amargas—como la de 1973—que los conflictos pueden surgir, ampliarse y afectar directamente los intereses y el bienestar de este país. El ayudar a resolver disputas constituye una larga tradición estadounidense, en interés nuestro y del mundo.

En ninguna parte es de mayor urgencia que en el Cercano Oriente. Los acuerdos negociados entre las partes, en los años recientes, de acuerdo con las Resoluciones 242 y 338, son pasos sin precedente hacia una

paz definitiva. Estos esfuerzos tienen que continuar, y continuarán. Ambas partes tienen que contribuir al proceso; los Estados Unidos siguen comprometidos a ayudar. Existen elementos para un mayor progreso hacia la paz. La paralización entraña un grave riesgo de nuevas sacudidas, que no beneficiarían a ninguna parte, y que constituyen graves implicaciones para la paz y el bienestar económico del mundo.

La proliferación de la tecnología de las armas nucleares puede añadir una dimensión más ominosa a un mundo en el que persisten los conflictos políticos regionales. Los peligros, desde hace tanto predichos, se hallan muy cercanos. Como dije en la Asamblea General de las Naciones Unidas, en septiembre de 1974: “El mundo se ha acostumbrado tanto a la existencia de armas nucleares que supone que nunca serán utilizadas. . . En un mundo en que muchas naciones posean armas nucleares los peligros se multiplicarán en forma exponencial. Sería infinitamente más difícil, si no es que imposible, mantener la estabilidad ante un gran número de potencias nucleares. Las guerras locales adquirirían una nueva dimensión. Las armas nucleares serían introducidas en regiones donde el conflicto político sigue siendo intenso y las partes consideran que sus intereses vitales están avasalladoramente involucrados. Habría, también, un riesgo altamente acrecentado de participación directa de las principales potencias nucleares”.

Por lo tanto frenar la proliferación es un desafío importante a la política exterior de este gobierno, como lo ha sido de todos los gobiernos anteriores desde los inicios de la era nuclear. Como les expliqué a sus colegas del Comité Senatorial de Operaciones del Gobierno, hace justo una semana, hemos intensificado nuestros esfuerzos en los organismos internacionales, con otras naciones que son las principales exportadoras de materiales nucleares, con posibles potencias nucleares y en el Congreso para asegurar que los beneficios de la energía nuclear pacífica puedan difundirse con amplitud sin difundir, al mismo tiempo, los peligros de un holocausto. Es un desafío para los estadistas ver más allá de las ganancias económicas inmediatas de una competencia irrestricta de exportaciones de materiales nucleares y actuar para frenar un peligro siempre creciente.

Dar Forma a una Comunidad Mundial

Las sacudidas del siglo XX nos ha legado otra tarea fundamental: adaptar la estructura internacional a las nuevas realidades de nuestro tiempo. Tenemos

que elaborar relaciones constructivas, a largo plazo, entre las naciones industrializadas y las naciones en desarrollo, ricos y pobres, norte y sur; tenemos que adaptar y revigorizar nuestras amistades en América Latina, Asia y África, tomando en cuenta su nuevo papel e importancia en la escena mundial; y junto con todas las naciones tenemos que enfrentarnos a los nuevos problemas de un mundo interdependiente, con soluciones que sólo pueden ser las de la cooperación multilateral.

Un punto central de la política exterior durante la próxima generación será la relación entre las naciones industrializadas y las naciones en desarrollo. La descolonización y la expansión de la economía mundial han dado origen a nuevos países y a nuevos centros de poder e iniciativa. El ambiente mundial de las próximas décadas puede estar sembrado de inestabilidad política, confrontación ideológica y guerra económica... o puede ser el de una comunidad regida por la colaboración internacional a una escala sin precedentes. La interdependencia de las naciones—la indivisibilidad de nuestra seguridad y nuestra prosperidad—pueden acelerar nuestro progreso común o nuestra común declinación.

Por lo tanto, así como tenemos que ir más allá de mantener el equilibrio si vamos a asegurar la paz, así también tenemos que trascender las pruebas de fuerza en las relaciones norte-sur y tratar de construir una verdadera comunidad mundial. En los foros internacionales, los Estados Unidos resistirán las tácticas de presión, la moralidad en una sola dirección y los asaltos propagandísticos a nuestra dignidad y al sentido común. Defenderemos nuestros intereses y creencias sin disculparnos. Resistiremos los intentos de chantaje o extorsión.

Sabemos que el orden mundial depende en definitiva de nuestros esfuerzos de colaboración y de las soluciones concretas en los problemas en nuestras relaciones. El precio y el abasto de energéticos, las condiciones del comercio, la ampliación de la producción mundial de alimentos, las bases tecnológicas para el desarrollo económico, la protección del ambiente mundial, las reglas legales que rijan a los océanos y al espacio exterior: estas son cuestiones que afectan a todas las naciones y pueden enfrentarse en forma satisfactoria sólo bajo la base del respeto mutuo y en un marco de colaboración internacional. Esta es la agenda del mundo interdependiente.

Tenemos muchos motivos para sentir confianza. Es el Occidente—y en forma abrumadora este país—el que tiene los recursos, la tecnología, las habilidades, la

capacidad de organización y la buena voluntad que son la clave del éxito en estos esfuerzos internacionales. En el diálogo global entre los mundos industrial y en desarrollo, las naciones comunistas destacan por su ausencia y, por cierto, por su irrelevancia.

Por lo tanto hemos iniciado el diálogo con los países en desarrollo. En la Conferencia Mundial de la Alimentación en 1974, que se convocó a iniciativa nuestra, y en el Séptimo Período Especial de Sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en septiembre pasado, así como en la Conferencia de Cooperación Económica que ahora se celebra en París, los Estados Unidos han adoptado el papel de liderazgo. Lo hemos adoptado con una vigorosa contribución del Congreso y con el espíritu de los más altos ideales del pueblo estadounidense. Esto debe continuar.

Los Estados Unidos han presentado una amplia gama de proposiciones para la cooperación práctica que pueden dar forma a una relación económica constructiva a largo plazo entre los países desarrollados y los países en vías de desarrollo, para salvaguardar las ganancias de exportación contra los ciclos económicos y los desastres naturales, para acelerar el crecimiento de la producción agrícola, para asegurar las condiciones de comercio e inversión en los artículos clave y para enfrentar las necesidades urgentes de los países más pobres. En cada sector de intereses hemos propuesto métodos de cooperación entre todos los países, incluyendo a los otros países industriales, a los recién enriquecidos productores de petróleo y a los países en desarrollo. Muchas de nuestras proposiciones de septiembre pasado han sido puestas en efecto. Se puede hacer más. Si se nos aborda con un espíritu constructivo, responderemos. Hay una agenda llena ante nosotros: poner en vigor las proposiciones que ya se han hecho e ir más allá.

Los Estados Unidos tienen amistades desde hace mucho, sobre bases bilaterales, con naciones de *América Latina, Asia y África*, amistades que tratamos de adaptar, mejorar y ampliar.

América Latina, la cual visité hace poco, es para los Estados Unidos una región a la que nos unen lazos e intereses especiales. Es también un continente en proceso de transición. Las relaciones hemisféricas—bilaterales, regionales, multilaterales y globales—se hallan en situación fluida. La anterior comunidad de las Américas, unida por la exclusividad, ha cedido el lugar a una relación más abierta que se basa no en convencionalismos sino en el respeto mutuo, los intereses comunes, la cooperación en la resolución de problemas y en un papel más activo en los acontecimientos

fuera de la región. Al mismo tiempo, la importancia de América Latina para los Estados Unidos aumenta sin cesar: como elementos de la economía global, como participantes en los foros políticos del mundo y en su nuevo papel como los países más desarrollados del mundo en desarrollo. Los Estados Unidos tienen que adaptarse a estas realidades cambiantes y han empezado a hacerlo. Igualmente, sostenemos nuestra convicción de que las Américas no deben rechazar sino construir sobre el legado precioso de nuestra tradición de cooperación. Esta es la fórmula para nuestro progreso futuro. Los grandes temas de la interdependencia global están frente a nosotros; con esta ventaja especial y sobre las bases de respeto e igualdad soberana podemos cooperar en este Hemisferio para encontrar soluciones de beneficio mutuo. Si tenemos éxito nuestra colaboración puede ser un modelo para esa más amplia comunidad mundial que buscamos.

Nuestras relaciones con Asia son también críticas, ya que en Asia se intersectan los intereses de todas las principales potencias del mundo. La estabilidad de la región será crucial para la paz mundial en las próximas décadas como lo ha sido en las décadas pasadas. El viaje del Presidente Ford a Asia en diciembre pasado ha reafirmado tanto la participación fundamental de los Estados Unidos como iniciado un nuevo capítulo en nuestras relaciones con las naciones de la región. Asentó las premisas del enfoque futuro del país con respecto a Asia:

- que la fuerza estadounidense es básica para cualquier equilibrio de poder en el Pacífico y, por lo tanto, para la estabilidad global;
- que la asociación con el Japón es un pilar en la política asiática;
- que el proceso de normalización de relaciones con la República Popular de China es indispensable. Los lazos de los Estados Unidos con una cuarta parte de la humanidad son, en forma inevitable, de importancia crucial para el mundo del futuro;
- que tenemos una participación sostenida en la estabilidad y la seguridad en el sureste de Asia, una zona de gran dinamismo y prometedora;
- que la paz en Asia depende de la resolución de los conflictos políticos todavía existentes, en forma predominante el de la península de Corea;
- y que la cooperación económica entre los pueblos de la cuenca del Pacífico es esencial para el cumplimiento de las aspiraciones de los pueblos de la región a un futuro mejor.

Y muy pronto visitaré otra zona de gran cambio e importancia: África. La expansión radical de la independencia en África ha tenido un efecto importante en las instituciones mundiales y en el panorama de los asuntos internacionales. La importancia económica de África y sus relaciones económicas con otros continentes están aumentando. Y el interés tradicional de los Estados Unidos por la causa de la independencia, la autodeterminación y la justicia racial, así como la identificación de muchos estadounidenses con su herencia africana, ofrecen una dimensión más profunda a nuestro interés por el futuro de ese continente.

Nuestra política africana en la próxima década estará guiada por los siguientes principios e intereses:

- Deseamos que África logre la prosperidad de su pueblo y que se convierta en un participante destacado en el sistema económico mundial.
- Apoyamos el deseo de las naciones africanas de elegir su propio rumbo en los asuntos internos, regionales y globales; de elegir su propio sistema social y una política externa no alineada.
- Deseamos observar que la autodeterminación, la justicia racial y los derechos humanos se difundan a través de África. Como ha aclarado recientemente de nuevo el Presidente Ford, el régimen de la mayoría en Rodesia y Namibia es compromiso inequívoco de los Estados Unidos.
- Deseamos ver al continente africano libre de la rivalidad de las grandes potencias o de los conflictos. Tenemos nuestro propio interés en contemplar que los conflictos locales no sean explotados o exacerbados por fuerzas externas que intervengan para obtener ventajas unilaterales.

Una gama más amplia de cuestiones que enfrentará este país en los próximos años tiene relación con los retos multilaterales en una era de creciente *interdependencia global*.

Hay muchos asuntos urgentes, y sin precedentes, que pueden ser enfrentados únicamente sobre una base global y cuya resolución estructurará en forma fundamental el futuro de este planeta. Un ejemplo central lo es la Conferencia sobre Derecho Marítimo que reanuda sus labores esta semana en Nueva York. En esta negociación sin precedentes más de 100 naciones buscan redactar las nuevas leyes que regulen el uso de los océanos del mundo. Las implicaciones para la seguridad internacional, para el uso de vastos recursos, para la investigación científica y para la protección

del ambiente son muy amplias. Los Estados Unidos proseguirán su labor, junto con otras naciones, para asegurar que los océanos se conviertan en un lugar de cooperación global y de enriquecimiento y no de conflicto global.

También de gran importancia es el uso del espacio exterior, que también nos ofrece el potencial del conflicto al igual que la posibilidad de la cooperación. Tenemos la oportunidad de sustituir la competencia de poderes por una ley internacional, en la etapa formativa de una importante actividad internacional.

La era moderna no sólo nos ha ofrecido los beneficios de la tecnología sino que ha difundido también las plagas del secuestro de aviones, el terrorismo internacional y las nuevas técnicas de la guerra. La comunidad internacional tiene que mantenerse firme y unida ante estas afrentas a la humanidad. Los Estados Unidos han fomentado, y lo seguirán haciendo, el reforzamiento de las organizaciones internacionales y de la ley internacional para tratar estas cuestiones.

La compasión por nuestros semejantes requiere que movilizemos los recursos internacionales para combatir las plagas tradicionales de la enfermedad, el hambre y los desastres naturales. Y la preocupación por los derechos humanos básicos requiere que la comunidad internacional se oponga a las violaciones a la dignidad individual dondequiera y por cualquier motivo que éstas se practiquen. Tiene que desacreditarse y abolirse la práctica de la tortura. Los derechos humanos tienen que apreciarse y fomentarse sin tomar en cuenta la raza, el sexo, la religión o el credo político.

Tenemos que ampliar las miras y el alcance de las instituciones internacionales para la cooperación. Las Naciones Unidas, organización en la que el pueblo estadounidense ha depositado grandes esperanzas, tiene que ser un mecanismo de colaboración práctica, en lugar de una arena de confrontación retórica, si se quiere que se cumpla la misión de su Carta y de sus responsabilidades para la paz en la era moderna. Los abusos de procedimiento y las resoluciones unilaterales no pueden aceptarse. El valor de esta organización, si se utiliza con propiedad, es todavía considerable: en la preservación de la paz, ajuste de disputas y para fomentar la cooperación para el desarrollo económico, la salud y muchas otras empresas.

Solamente a través de una pauta de cooperación internacional todos estos problemas pueden enfrentarse con éxito. Y sólo con una pauta de paz global puede la inseguridad de las naciones, de la cual emergen tantos conflictos, ser anulada y alentarse los hábitos de compromiso y acomodo. El progreso social, la

justicia y los derechos humanos pueden prosperar tan sólo en una atmósfera de estabilidad y de reducción de las tensiones internacionales.

Nuestro Debate Interno

Este es, por lo tanto, el esbozo de nuestra política internacional:

- fomentar, junto con nuestros aliados, el vigor y los ideales de libertad y democracia en un mundo turbulento;
- dominar los tradicionales desafíos de la paz y la guerra, mantener el equilibrio de fuerzas, pero ir más allá del equilibrio hacia un futuro más positivo;
- elaborar una relación, a largo plazo, de beneficio mutuo con los países en desarrollo y convertir todas las cuestiones de la interdependencia en el aglutinante de una nueva comunidad global.

Estos son los desafíos de nuestro tercer siglo.

Desde que esta nación surgió en la lucha, hace 200 años, los estadounidenses nunca han rehusado el desafío. Nunca hemos considerado los problemas a los que nos enfrentamos como una causa de pesimismo y desaliento. Por lo contrario, el espíritu tradicional de los Estados Unidos y su optimismo han hecho que millones de personas en el mundo confíen en que los asuntos complejos de la actualidad serán solucionados. El mundo sabe muy bien que no es posible ninguna solución sin la participación activa y la dedicación de un pueblo estadounidense unido. Describir las faenas complejas y a largo plazo a las que nos enfrentamos es, por lo tanto, la mejor expresión de confianza en los Estados Unidos.

Seguimos siendo la mayor democracia en el mundo; somos el motor de la economía global; hemos sido durante 30 años el baluarte del equilibrio del poder y el faro de la libertad. El poder material, la habilidad de organización y el genio creador de este país nos hacen—como lo hemos sido siempre desde nuestra Revolución—la esperanza de la humanidad.

Lo que enfrentamos hoy día no es una prueba de nuestra fuerza física, que no tiene punto de comparación, sino un desafío cualitativo, algo que nunca habíamos enfrentado. Es un desafío a nuestra voluntad y valentía, a nuestro sentido de responsabilidad. Se nos somete a prueba para que mostremos si entendemos lo que requiere de nosotros un mundo lleno de complejidad y ambigüedad. No se ofrece a todas las genera-

ciones la oportunidad de dar forma a un nuevo orden internacional. Si se desperdicia la oportunidad viviremos en un mundo de creciente caos y peligros. Si se realiza iniciaremos una era de mayor paz, progreso y justicia.

Tenemos aquí en Washington una pesada responsabilidad. El Congreso y el Ejecutivo tienen la deuda con el pueblo estadounidense de terminar con las divisiones de la década pasada. Los puntos de división ya no nos pertenecen. Las grandes tareas frente a nosotros no son cuestiones partidistas o ideológicas; son las grandes tareas de los Estados Unidos en un nuevo siglo, en un nuevo mundo que, más que nunca, se atraviesa ante nuestras vidas y reclama nuestro liderazgo. Aún más que nuestros recursos, la vitalidad creadora de esta nación ha sido una tremenda fuerza para el bien, y lo seguirá siendo.

Podemos lograr grandes cosas, pero podemos hacerlo únicamente como un pueblo unido. Más allá de las preocupaciones e intereses especiales se halla el interés nacional. El Congreso y el Ejecutivo, los republicanos y los demócratas, tienen una participación común en la efectividad y en el éxito de la política exterior de los Estados Unidos. La mayoría de las iniciativas importantes que este gobierno ha tomado sobre cuestiones fundamentales—con nuestros aliados, con la República Popular de China, con la Unión Soviética, con las naciones en desarrollo y en el Cercano Oriente—han tenido un amplio y profundo apoyo en el Congreso y en el país.

Por lo tanto, al igual que tenemos la capacidad para construir una estructura internacional más duradera,

también la tenemos para reconstruir el consenso entre las ramas Ejecutiva y Legislativa y entre nuestro pueblo, lo que dará un nuevo impulso a nuestra dirección responsable en el mundo de nuestro tercer siglo. Este es el deseo más profundo del Presidente y el compromiso más profundo de toda su administración.

Señor Presidente, Miembros del Comité, espero que esta discusión de lo que consideramos como las cuestiones del futuro sea de utilidad en la elaboración de ese consenso. Los puntos son complejos y el grado en que la comprensión pública requiere que se trate de ellos es mayor que en cualquier otro momento de nuestra experiencia histórica. E incluso si logramos un consenso sobre objetivos y prioridades, nuestros recursos y opciones son limitados y no podemos confiar siempre en prevalecer, o en tener la razón.

Estas audiencias son un paso prudente y bien recibido en cuanto a fomentar la comprensión y el consenso que se requiere. Nuestra virtud es la de ser un pueblo que resuelve problemas y que encauza las capacidades de grupos de gente, ampliamente diversos, hacia empresas comunes a gran escala. Esto es precisamente lo que se nos pide, tanto en la construcción de una nueva estructura internacional como en el desarrollo del apoyo público necesario para sostener a largo plazo nuestra participación en ella.

En un último análisis tenemos que unirnos debido a que el mundo nos necesita, debido a que los horizontes que nos atraerán en las próximas décadas están tan cerca, o tan lejos, como tengamos la valentía de contemplarlos.
